

# Introducción

Este primer módulo ha sido concebido para ayudarte a tener una mejor y mayor comprensión de los jóvenes con los que estás trabajando o esperas trabajar en el futuro. Es totalmente cierto que algunos aspectos cambian de país a país, somos bien conscientes de ello. Pero también es verdad, que existen ciertos rasgos generales que son comunes a la juventud evangélica de todos los países de habla hispana. Pues bien, nos centraremos en estos últimos. Creemos que es importante que puedas tener el mejor y mayor conocimiento posible de aquellos que serán los destinatarios de la acción pastoral. En todos los módulos encontrarás preguntas de autoevaluación y aplicaciones prácticas. Las primeras están destinadas, como ya te hemos explicado, a profundizar en tu reflexión sobre los temas estudiados. Las segundas, a relacionar lo aprendido con tu propia situación, única y exclusiva. Te recomendamos calurosamente que trabajes ambas.

## Módulo 1 Capítulo 1

### Cómo Son Los Jóvenes De Nuestras Iglesias

---

Una nota introductoria. Este capítulo pretende hacer un acercamiento general a la realidad de los jóvenes de nuestras iglesias. No describe, ni tampoco lo pretende, describir ninguna específica o concreta. Es posible que alguna o algunas de las características aquí mencionadas no encajen total o parcialmente con la realidad que tú vives. Esto no es ningún problema puesto que el capítulo, como ya antes indicamos, es sólo una aproximación general. Las impresiones aquí reflejadas son el resultado de haber ministrado en varios países de Centro y Sudamérica, así como en España, la experiencia de nuestro propio ministerio personal y la entrevista con muchos líderes de las áreas geográficas antes mencionadas.

#### I. Tensión Entre la Iglesia y el Mundo

Es una realidad que los jóvenes de nuestras iglesias viven en dos esferas totalmente diferentes: la sociedad -el mundo, como es denominado en la jerga evangélica- y la iglesia. Estas dos esferas no son únicamente diferentes, sino que, en una forma cada vez más creciente, son radicalmente opuestas y viven en constante conflicto.

Por una lado, la juventud evangélica acostumbra a estar expuesta dentro de la Iglesia a toda una serie de valores, prioridades, formas de ver la vida, que constituyen lo que podríamos denominar la cosmovisión judeocristiana. Durante siglos estos valores han sido los que han sustentado y estructurado la cultura y la sociedad occidental. Incluso, aunque las personas no fueran creyentes, participaban de estos valores ya que los mismos constituían el consenso cultural sobre el que se construía la sociedad y, ésta, los utilizaba para regirse.

Sin embargo, desde hace años esta realidad se ha ido deteriorando y en los últimos años lo ha hecho de una forma acelerada y dramática. Podemos afirmar, sin ningún lugar a dudas, que estamos asistiendo al fin de una sociedad sustentada en los valores inspirados por el cristianismo. En la década pasada, F. Nietzsche, anunció la muerte de Dios. En la segunda parte de este siglo, J.P. Sartre anunció que tras haber matado a Dios, ahora era el tiempo de matar los valores de Dios. Todo parece indicar que en buena parte de nuestro mundo se está teniendo bastante éxito en dicha empresa.

Como anteriormente mencionábamos, muchos de los valores propios de la cultura cristiana son abiertamente cuestionados, cuando no rechazados de plano, por la sociedad en que vivimos. Temas como la fidelidad matrimonial, la propia institución del matrimonio, la ética sexual en todos los aspectos, los desafíos de la

bioética y el relativismo moral serían unos claros exponentes de lo anteriormente indicado.

Así pues, los jóvenes de nuestras congregaciones se encuentran viviendo a caballo de ambas realidades, ciudadanos, lo quieran o no, de dos reinos diferentes. Por un lado, los valores del Reino de Dios, los cuales, con mayor o menor fortuna le son transmitidos por la familia y la iglesia. Del otro, los valores de la sociedad en la que han nacido, de la que son hijos. Estos últimos transmitidos por sus amigos, el sistema educativo y los omnipresentes medios de comunicación.

Ante esto, la tensión está servida. Esta realidad produce en los muchachos y muchachas de nuestras iglesias una auténtica esquizofrenia ya que han de formar su personalidad, su propia cosmovisión, en el marasmo cultural e ideológico que supone este enfrentamiento entre los dos reinos.

Con demasiada frecuencia, ante la ofensiva cada vez más violenta y radical de la sociedad, la iglesia adopta una actitud defensiva, especialmente los sectores más adultos de la misma. En muchas ocasiones, ante una imposibilidad de entender, y mucho menos digerir las nuevas realidades, la Iglesia se cierra en banda y automáticamente anatemiza y rechaza todo lo que proviene de la sociedad, lo malo y lo bueno. Desgraciadamente, el rechazo no siempre va acompañado por una buena interpretación y reflexión teológica de las nuevas realidades. Es un no, porque no.

Consecuentemente, los jóvenes se encuentran ante una presión creciente y difícil de resistir de parte de la sociedad y una debilidad de parte de la iglesia para poder dar respuestas a sus preguntas, interrogantes, crisis y expectativas. Así pues, la crisis está servida. Muchos jóvenes se dejarán llevar por el arrastre del mundo y, aunque no abandonen la Iglesia, su cosmovisión será menos y menos bíblica.

Cuando la adolescencia llega, se produce un proceso inevitable en la vida de los muchachos y las muchachas de nuestras iglesias, empiezan a ser conscientes de todas las contradicciones que existen a su alrededor. Esto es una realidad en los ámbitos de la familia y la iglesia.

Es ya un comentario común entre los adolescentes afirmar que la iglesia está llena de

hipócritas. Todos, sin ninguna duda, hemos escuchado esta afirmación de los labios de los jóvenes y adolescentes con los que estamos llevando a cabo nuestra Pastoral Juvenil. Al margen de que toda la juventud, de todas las épocas, haya hecho esta afirmación, debemos preguntarnos, desde un punto de vista crítico y serio, qué hay de realidad en la misma.

El desarrollo de nuevas capacidades de pensamiento en la vida de los adolescentes les permite ser reflexivos en unos niveles que hasta entonces no había sido posible. Lo que hasta aquel momento parecía haber sido un universo perfecto e inmaculado, de pronto, se convierte en una realidad llena de fallos, falsedad y contradicción. Es evidente que hemos de entender que los adolescentes y muchos jóvenes tienden a visualizar la realidad en términos de blanco o negro, sin ninguna gama de matices y que, por tanto, su apreciación no necesariamente ha de ser del todo exacta. Pero también es cierto que no hemos de cerrar nuestros oídos a sus críticas y opiniones.

Los jóvenes de nuestras iglesias se dan cuenta que los valores en los que profesamos creer como comunidad no necesariamente los vivimos en la realidad práctica y cotidiana. Tal vez estamos hablando de reconciliación y, sin embargo, hay familias en la congregación que viven en abierta pugna y enfrentamiento. Leemos pasajes que hablan acerca del amor, la comunión y la fraternidad cuando es posible que la indiferencia hacia las necesidades de otros sean evidentes y claras. Sin duda la evangelización y el amor a los perdidos están presente en nuestro credo, incluso en nuestra declaración de propósito como iglesia, pero tal vez no evangelizamos ni tenemos ningún programa de ayuda a los más necesitados y desheredados de la sociedad.

¿Cómo pensamos que debe sentirse el joven al darse cuenta de esta realidad? ¿Qué reacciones internas provocará todo ello en su, tal vez todavía inexistente o naciente fe? Félix recuerda una conversación con el padre de un adolescente que estaba involucrado en su ministerio. Dicho padre estaba preocupado por la aparente indiferencia espiritual de su hijo. Le explicó que dicha indiferencia, era, en opinión de su hijo, el producto de las contradicciones que él observaba en la vida de la comunidad. Por toda respuesta, el padre afirmó: *"Siempre ha habido hipócritas en la iglesia. Nuestros hijos*

*han de aprender a mirar al Señor y no a los hombres”.*

La respuesta incluso parece tener coherencia. No obstante, ¿no existe una cierta falacia en dicha actitud? ¿No deberíamos estar preocupados por el hecho de que nuestras conductas y actitudes demasiado a menudo impiden que sean los jóvenes los que puedan ver a Dios? Somos plenamente conscientes de que nuestra exégesis no es excesivamente precisa, pero, en ocasiones, nos preguntamos si los versículos en que Jesús afirma que dejemos que los niños se acerquen a Él y no se lo impidamos, no aplican a la situación antes descrita. Realmente la Iglesia ha de llevar a cabo una seria autocrítica a fin de discernir, en qué modo, el estilo de cristianismo que estamos viviendo en nuestras comunidades plantea al joven unas contradicciones que en nada le ayudan a desarrollar una fe madura o, ni siquiera, a querer continuar en la fe.

En la línea con lo anteriormente citado, el joven no sólo encuentra contradicciones en los valores que la iglesia predica y vive, sucede lo mismo en su misma familia. No es extraño que se dé el caso que la unidad familiar proclame creer en los valores que emanan de la Palabra de Dios, pero después, en la realidad del día a día, estos valores estén ausentes o incluso la familia viva valores en abierta oposición a los que teóricamente proclama y defiende.

Puestos en este contexto, hemos de pensar el impacto que este descubrimiento de contradicciones entre la teoría y la práctica debe producir sobre la religiosidad de los jóvenes de nuestras congregaciones, ¿Cuántos se habrán apartado de la fe por esta causa? ¿Cuántos están retrasando un compromiso más firme con Dios debido a eso mismo? No podemos cerrar los ojos a esta realidad, antes al contrario, hemos de hacer un esfuerzo para que la vieja excusa de la hipocresía nunca más pueda ser invocada como razón para apartarse del Señor.

## II. Inseguridad y Confusión con Relación a la Experiencia de Conversión

Hay una realidad sociológica que no podemos ni debemos ignorar. En nuestras congregaciones hay un número creciente de personas que son

segunda e incluso tercera generación de evangélicos. Se trata de muchachos y muchachas que, por decirlo de alguna manera, no vienen directamente del mundo, no provienen de un ambiente no cristiano o secular, sino que se incorporan a nuestras iglesias porque sus padres se convirtieron, y ellos ya han nacido en un contexto evangélico. Es precisamente cuando aumenta el número de hijos de creyentes en nuestras iglesias cuando comienza la deserción de los mismos. El proceso incluso se ve agravado por la existencia de una tercera generación de evangélicos, hijos de los hijos de aquellos que una vez abandonaron el mundo.

¿Qué quiere decir todo esto? Fundamentalmente que han habido dos generaciones de evangélicos que han accedido a la información relacionada con la fe y el Evangelio, no por una decisión propia, sino como consecuencia de una herencia cultural familiar. Estos jóvenes han crecido desde pequeños conociendo y teniendo acceso a toda la información que permite a una persona ser cristiana. Han tenido numerosas oportunidades de formación, recibir instrucción y familiarizarse con la fe que puede otorgarles la salvación.

Esto, sin embargo, tiene unas ventajas y tiene unos inconvenientes. La ventaja es que les ha permitido un acceso privilegiado al conocimiento de Dios y su Palabra. Desde la niñez han podido aprender conceptos que pueden, no sólo otorgarles la salvación, sino hacer que sus vidas sean mucho más ricas, plenas y dignas de ser vividas. Han podido conocer el consejo de Dios que puede librar de multitud de situaciones de dolor y sufrimiento como consecuencia del pecado.

Pero también esto tiene unos inconvenientes. El conocimiento sin práctica produce un efecto de inmunización. Estos jóvenes saben pero no viven y, por tanto, pueden llegar a pensar que el Evangelio realmente no funciona y no sirve para la vida cotidiana. Pueden llegar a pensar que estar en la iglesia es lo mismo que formar parte de la familia de Dios y, consecuentemente, no ver o no entender la necesidad de la conversión personal.

En muchos de estos jóvenes se ha dado, o se da, una confusión en relación con la experiencia de la conversión. ¿Creen por convicción personal propia o porque han recibido esas

creencias de sus padres? ¿Son religiosos o convertidos? ¿Han aceptado a Jesús o han aceptado una ética y una moral? ¿Tienen relación o tienen religión? Para algunos lectores estas afirmaciones tal vez pueden carecer de sentido, pero son muy importantes. Demasiado a menudo hemos dado por sentado que todos estos jóvenes eran creyentes simplemente porque estaban en la iglesia. Los hemos tratado y les hemos exigido conformidad con un estilo de vida que no podían mantener simplemente porque no eran creyentes y, a diferencia de sus padres, nunca habían tenido una experiencia personal de salvación, porque nunca habían entendido qué es lo que Dios esperaba y exigía de ellos. En definitiva, hemos partido de la premisa de que eran creyentes en vez de partir de la premisa de que no lo eran.

Ante esta crisis de identidad religiosa, ante esta confusión en relación con su fe y su experiencia personal de conversión, los hijos de creyentes reaccionan de dos formas diferentes:

1. **Abandonan la iglesia.** Tenemos más de 40 años y son muchos los hombres y mujeres de nuestra generación que han abandonado el Evangelio. De hecho, nos encontramos entre ese escaso número de los que permanecemos fieles. Todos nosotros podemos recordar compañeros, amigos, familiares que hoy no están con nosotros pero que un día estuvieron. Muchos de ellos abandonaron la fe, tal vez debido a que conocieron la letra pero nunca tuvieron un encuentro personal con Cristo. Tuvieron religión, pero no una relación.
2. **Nominalismo evangélico.** Esta es la segunda respuesta. La fe nominal ha dejado de ser un fenómeno exclusivamente católico. Muchas personas en nuestras iglesias viven una fe nominal. Una fe caracterizada por la observancia de un mínimo de manifestaciones externas de la fe cristiana y un escaso compromiso con los ideales radicales del Evangelio. Una pequeña minoría mantiene vivas y en funcionamiento la mayoría de nuestras iglesias ante

la pasividad y/o indiferencia de una mayoría.

### III. Falta de Relevancia de la Palabra de Dios

Entre nuestros jóvenes se están dando dos lamentables realidades. En primer lugar, un desconocimiento de las Escrituras. En segundo, un escaso interés por conocerlas y aplicarlas en su vida cotidiana. Los evangélicos habían sido conocidos en el pasado como el pueblo de la Biblia. Esto, ha dejado de ser una realidad con las nuevas generaciones. Los jóvenes leen poco la Palabra de Dios y, como consecuencia, no la conocen y, por tanto, desconocen al Dios revelado en las Escrituras.

No es nada difícil ver a un joven volverse loco en una de nuestras reuniones, intentando encontrar la tercera carta de Timoteo, o a Filemón entre los profetas menores. Uno puede afirmar que Josafat fue uno de los doce apóstoles y el auditorio no se inmutará en absoluto. Del mismo modo, podríamos incluir a Epafrodito entre los patriarcas bíblicos sin que muchos de los jóvenes, de muchas de las congregaciones, notaran en absoluto el cambio que les hemos dado.

Lejos de lo anecdótico que esto pueda parecer, revela una preocupante situación. Un editor, amigo nuestro, nos indicaba que su editorial había suspendido la publicación de una serie de guías para el estudio de los diferentes libros del Nuevo Testamento ante la falta de mercado. Con tristeza nos comentaba que la gente no lee la Biblia y, por tanto, esos libros carecen de compradores. Es cierto que la juventud en general, no lee. Es aún más cierto que no lee la Palabra de Dios. Esto se ha convertido en un problema grave al que debemos dedicar la necesaria atención.

Todos somos conscientes de las implicaciones que la falta de lectura bíblica tiene en la vida de nuestros jóvenes. Los muchachos y muchachas de nuestras iglesias carecen de una visión cristiana de la vida. Su cosmovisión responde más a los valores, prioridades y formas de entender la vida de la sociedad en la que se mueven. ¡Lógico! Al fin y al cabo, es esta la que alimenta sus cerebros.

Otra de las consecuencias de la falta de conocimiento de la Biblia el desconocimiento del Dios de las Escrituras. Los jóvenes no conocen a Dios porque desconocen su Palabra, como resultado, sus ideas acerca de Dios, en muchos casos, son peregrinas, cuando no grotescas. Del mismo modo, sus expectativas acerca de cómo Dios debería obrar o actuar en sus vidas, en su entorno y en el mundo, también lo son.

En segundo lugar, como mencionamos anteriormente, la Biblia no es predicada ni presentada en muchas ocasiones de una manera relevante para la vida y las necesidades del joven. Demasiadas predicaciones y estudios bíblicos están totalmente desarraigados de la realidad vital de los jóvenes. Muchos sermones son auténticos alardes de oratoria, exposiciones eruditas de teología, que poco, o nada dicen al joven. Nuestra predicación y forma de enseñar la Biblia trae, como consecuencia, que muchos jóvenes vean la Palabra del Señor como algo antiguo, obsoleto, alejado de su realidad, algo que nada puede aportarles, que en nada les va a resultar útil. Nuestra predicación y forma de exponer la Biblia, lejos de atraer al joven con sed y ansia de conocimiento de la Palabra y del Dios de la Palabra, los aleja de ella, confirmando que no tiene sentido para una vida tan compleja como la del tercer milenio. La falta de creatividad y relevancia caracteriza, tristemente, a muchos de nuestros púlpitos. Cuidado con el peligro de espiritualizar y culpar a nuestros oyentes de nuestra incapacidad de hacer la maravillosa Palabra del Señor relevante para nuestros jóvenes.

#### IV. Falta de Atención a las Necesidades de los Jóvenes

Como gente que tiene amplia experiencia en el trabajo con jóvenes, domingo tras domingo nos sentamos en los bancos de nuestras iglesias durante el culto dominical. En teoría, es la gran celebración de la fe. Es el tiempo cuando toda la familia cristiana, niños, adolescentes, jóvenes y adultos se reúnen para adorar al Señor y celebrar la nueva vida que tenemos en Cristo. La perspectiva es bella, toda la familia reunida para una fiesta. Sin embargo, cuando el servicio comienza las cosas cambian y la ilusión, desgraciadamente, con demasiada frecuencia, puede dar paso a la decepción. El culto está pensado por y para los adultos de la iglesia. Las

necesidades, e incluso las posibilidades de participación de otros sectores de la familia de la fe no han sido tenidos en cuenta. No cantamos canciones infantiles, tampoco explicamos las cosas a un nivel que permita a los niños comprender qué pasa. Los sermones nunca están hechos al estilo que agrada a los adolescentes. La música, y no en todas las iglesias, acostumbra a ser la única concesión que se hace a los más jóvenes de nuestras congregaciones.

Lo anteriormente dicho no es únicamente anecdótico, es una muestra de la desatención a las necesidades propias de la adolescencia y la juventud, que se da en el seno de algunas de nuestras comunidades cristianas. Sin duda, a los jóvenes de nuestra generación les ha tocado vivir en una época de presiones y ataques a su fe sin precedentes. La juventud que hoy viven los muchachos y las muchachas no tiene nada que ver con la que nos tocó vivir a nosotros. La vida es hoy extremadamente compleja y difícil. Vivir la fe en estos contextos es mucho más duro y representa un desafío más difícil hoy que ayer.

La comprensión de la adolescencia y las necesidades que de ella se derivan, las presiones y la complejidad de la sexualidad en la sociedad contemporánea, la identidad cristiana y el desafío de vivir la fe bajo el creciente imperio de la postmodernidad, el terrible problema del ocio juvenil en nuestra sociedad, la orientación vocacional, estas, son algunas de las necesidades, a las que, a gritos, los jóvenes piden una respuesta, una opción y una orientación por parte de la Iglesia. El silencio, en ocasiones, es aterrador. A menudo es fruto de nuestra propia incapacidad como adultos para entender que la sociedad ha cambiado y ellos han quedado cogidos en un cambio que nosotros no comprendemos y que ellos no saben cómo manejar.

#### V. Ausencia de Metas, Desafíos y Delegación de Responsabilidades

Hay congregaciones en las que los jóvenes nunca reciben responsabilidades que sean significativas. Se da el triste círculo vicioso, los jóvenes no son, a juicio de los adultos, lo suficientemente maduros para delegarles

responsabilidades. Desafortunadamente, nadie crece a menos que se le permita desarrollar responsabilidad, lo cual implica la posibilidad implícita de poder fallar.

El crecimiento exige asumir responsabilidades. Estas responsabilidades, para que generen crecimiento, han de ser significativas, importantes, han de ser auténticos retos para el joven que le exijan dar lo mejor de sí mismo y le lleven a una dependencia del Señor. Para que un joven pueda crecer ha de tener acceso a aquellas responsabilidades que son consideradas por él mismo y, por el resto de la congregación, como importantes y significativas. Se da el caso, en ocasiones, en que aquello que delegamos a los jóvenes es únicamente aquello que los adultos por diferentes razones o motivaciones, no queremos o no consideramos lo suficientemente importante para nuestro nivel.

¡Cuidado! No estamos diciendo que hemos de empezar dando a un joven la presidencia del consejo de diáconos para que desarrolle responsabilidad. Es necesario, naturalmente, comenzar con responsabilidades sencillas. Lo que cuestionábamos en el punto anterior no es la importancia de las responsabilidades, sino el hecho, de que éstas no sean delegadas con la finalidad de contribuir a la formación del joven, sino únicamente para liberarnos a nosotros mismos del trabajo desagradable.

Hemos de delegar responsabilidades que sean un desafío para el joven. Al hacerlo, hemos de proveer la supervisión necesaria, el apoyo imprescindible para que pueda crecer por medio del desempeño de las mismas. No olvidemos que, en ocasiones, el fracaso del joven en llevar a cabo la responsabilidad delegada, no ha sido consecuencia de su irresponsabilidad, sino más bien, de nuestra falta de supervisión.

## VI. Ausencia de Personas Preparadas para el Trabajo con Jóvenes

Durante mucho tiempo la disponibilidad y/o la buena voluntad ha sido, si no la única, al menos la principal exigencia para trabajar con los jóvenes. Se daba el caso, de que aquel muchacho o muchacha que más despuntaba, recibía la carga y responsabilidad de hacerse con la dirección del grupo de jóvenes de la

iglesia local. Sin embargo, todos nosotros sabemos que ni la buena voluntad ni la disponibilidad implican necesariamente capacidad para llevar a cabo la tarea encomendada.

Otro sistema de selección del liderazgo juvenil, común en algunas denominaciones, ha sido la elección de cargos por un periodo de tiempo. La esencia de este método es buena. Pretendía que el mayor número posible de personas pudiera ejercer responsabilidades y, de este modo, desarrollar sus dones y talentos. En la práctica, con demasiada frecuencia, el sistema no ha funcionado de forma tan eficaz. Elección no siempre significa capacidad. El hecho de que la mayoría de los jóvenes de un grupo depositen en ti una determinada responsabilidad no implica, ni de lejos, que seas una persona capaz de desempeñarla.

Por otra parte, a los dos problemas antes mencionados, hemos de unir el de la falta de capacitación de los líderes. Es habitual que la persona que recibe la responsabilidad, sea por el medio que sea, no reciba la capacitación para poder llevar a cabo la misma. Una encuesta, realizada recientemente en dos congresos juveniles internacionales, reflejaba que mayoritariamente los líderes juveniles no habían recibido ningún tipo de capacitación, ni formal ni informal, que les permitiera llevar a cabo su tarea con eficacia. La palmadita en la espalda es, para muchos líderes, lo único que, junto a la responsabilidad, han recibido.

A esta carencia de capacitación deberíamos añadir la carencia de recursos, una filosofía de ministerio e incluso de materiales adecuados para trabajar con la juventud. A pesar de todas las carencias hasta aquí mencionadas, tristemente, a muchos líderes se les hace responsables de que los jóvenes de la comunidad salgan adelante espiritualmente hablando.

En otras ocasiones el problema se ha espiritualizado. Con la equivocada idea de que el Espíritu Santo nos guiará en nuestra tarea hemos obviado la planificación y la preparación para el ministerio. Como pastores y padres consideramos los puntos anteriores una negligencia total. Cualquiera de nosotros que tuviera que ponerse en las manos de un neurocirujano, le exigiría mucho más que buena voluntad, le pediría que tuviera la preparación,

profesionalidad y destreza necesaria. Del mismo modo, como padres no vamos a permitir que nuestros hijos estén a merced de personas cuya única credencial para el ministerio sea la buena voluntad.

Honestamente, creemos que es totalmente insuficiente para ser un líder. Es más, es nuestra sincera opinión que deberíamos destinar al ministerio con la infancia y la juventud a las personas más capacitadas y preparadas de nuestras iglesias. Aquellas que poseen más talentos han de estar en estos ministerios, ya que no hemos de olvidar que los niños y los adolescentes perciben la iglesia, y la actitud que ésta tiene hacia ellos por medio de las personas que les ministran. Personas poco o insuficientemente preparadas pueden causar daños irreparables en la vida de niños y adolescentes.

## VII. Herencia de Modelos y Métodos del Pasado

Los modelos y los métodos nacen para satisfacer necesidades específicas en situaciones muy particulares. Un modelo o un método surge en un contexto con la finalidad de dar respuesta a las necesidades que ese mismo contexto plantea. Por definición, los modelos y los métodos son culturales y no necesariamente adaptables de una situación a otra. Además, con el paso del tiempo, estos modelos que nacieron para afrontar circunstancias o necesidades muy concretas se vuelven obsoletos, entre otras razones por la propia dinámica de la vida. Esta es cambiante por definición, por tanto, lo que ayer servía, *para dar respuesta a las necesidades del ayer*, no necesariamente es válido hoy, para dar respuesta a los retos y los desafíos que hoy nos plantea el entorno social en el que se mueven los jóvenes de nuestras iglesias.

Tristemente, muchas iglesias locales continúan llevando a cabo el trabajo juvenil tal y como se venía haciendo hace décadas, utilizando los mismos métodos y modelos. Lo cierto es que aquellos eran válidos y sirvieron en la época en que fueron concebidos como respuesta a necesidades específicas. Lamentablemente eso no significa que lo sigan siendo una vez que las circunstancias que les dieron razón de ser han cambiado.

Las nuevas realidades sociales que viven nuestros jóvenes en estos momentos exigen que nos acerquemos al trabajo juvenil de una manera diferente, creativa y novedosa. No es este el lugar para tratar acerca de nuevos modelos y métodos para el trabajo juvenil. Vamos a hacerlo más adelante. Tan sólo pretendemos, en este breve espacio, reseñar el hecho de que los modelos y métodos se han perpetuado de forma negativa para el trabajo juvenil.

Con los métodos y modelos se produce la secular lucha entre la forma y la función. Una forma, en este caso, un método o un modelo, nace para satisfacer una función. Por ejemplo, la reunión del grupo de jóvenes (forma) para satisfacer la función (ministrar a los jóvenes). La reunión de oración del jueves por la noche (forma) para satisfacer otra función (orar)

Con el paso del tiempo la forma y la función tienen la tendencia a confundirse, de tal manera que las personas tienden a olvidar que aquella forma nació en un contexto y momento dado para satisfacer la función.

Finalmente, la forma acaba sustituyendo a la función para la que fue creada. Este es el paso último en el proceso de lucha entre la forma y la función. La forma desplaza, suplanta a la función y llega un punto en que cuestionar la forma significa cuestionar la función. Todo ello es debido a la confusión que se ha producido entre la forma y la función. Tristemente pasa con demasiada frecuencia, la forma acaba devorando a la función para la que fue creada. Cuando esto sucede, la función se vuelve inviolable e inamovible. Cualquier ataque a la forma es interpretado como un ataque a la función.

Esto sucede en muchos de nuestros modelos de trabajo, tanto en el ámbito de iglesia local como a nivel denominacional. Hemos olvidado que nacieron como formas al servicio de funciones, se han enquistado y no pueden ser alteradas.

## VI. Deficiencias en la Educación Familiar

Existe una realidad creciente en muchas de nuestras iglesias, muchos padres se desentienden de la educación espiritual de sus hijos, delegándola cada vez más en la Iglesia. Los padres dan por sentado y esperan que la comunidad se encargue de la transmisión de los valores cristianos y que para ello las iglesias desarrollen las estructuras necesarias.

Sin embargo, la responsabilidad primera de la educación en la fe corresponde a los padres y en ningún caso a la comunidad cristiana. No estamos diciendo que la iglesia local no deba proveer formación espiritual para los niños y los jóvenes. ¡En absoluto! Estamos afirmando que esta educación corresponde en primer término a los padres y, tan sólo, en un segundo término a la iglesia. Esta ha de ser colaboradora en la formación espiritual de los niños y jóvenes, pero nunca debe suplantar el papel y la responsabilidad prioritaria, puesta por la Palabra de Dios, sobre los hombros de los padres.

Desafortunadamente una cosa es la teoría y otra la realidad. Cada vez más padres ceden, consciente o inconscientemente, esta responsabilidad a la Iglesia. Ante esta realidad, la iglesia se ve forzada a reaccionar y asumir una tarea que no es de manera prioritaria la suya, pero que ante la falta de asunción por parte de los progenitores, no puede dejar de llevar a cabo.

¿Cuál es la implicación que esto tiene para la Pastoral Juvenil? Pues que cada vez, nos encontramos con jóvenes que carecen de una formación cristiana recibida en el hogar. Esto significa que no sólo desconocen la información básica acerca de la Biblia, sino que tampoco han recibido en su contexto familiar los valores básicos de la fe cristiana, valores que son los que conforman un estilo de vida.

Tal vez nunca más podremos dar por sentado el hecho de que al provenir de hogares cristianos nuestros jóvenes ya están formados en los aspectos básicos de conocimiento y la práctica cristiana. Es probable que eso obligue a tener que replantear nuestras estrategias educativas, ya no podremos seguir siendo un complemento a la educación familiar. Triste y

desgraciadamente tendremos que convertirnos en sustitutos de la misma.

## VII. Modelos de Referencia Débiles

Los estudiosos de la personalidad humana, afirman que en el periodo de la adolescencia y la juventud temprana, la mayor tarea vital que han de asumir las personas es la formación de su propia identidad personal. Los muchachos y las muchachas quieren formar una identidad propia, quieren saber quiénes son ellos, cuál es el propósito y el sentido de sus vidas. Ya no quieren ser identificados con referencia a sus familias, quieren ser ellos mismos, ya no más el hijo de tal o la hija de cual.

Este es un proceso normal, necesario y saludable. Este proceso implica la necesidad de tomar distancia de los padres a fin de poder encontrarse con uno mismo y poder contestar las preguntas antes enunciadas. La distancia permite tener la suficiente perspectiva para poder reflexionar acerca de uno mismo. Este distanciamiento no es únicamente físico: los hijos se vuelven menos cariñosos y propensos al contacto físico con los padres. Sobre todo también es un distanciamiento ideológico, emocional, intelectual.

El joven necesita distanciarse de los valores de sus padres, de su forma de vivir, a fin de decidir si ese estilo de vida es válido para él. Es esta la época en que los jóvenes se cuestionan la fe. Tienen que decidir si la fe de los padres será incorporada en su nueva y emergente identidad. Han de decidir si la nueva fe incluirá como propia la religión, las creencias y los valores de los padres. No es posible el desarrollo de una fe madura sin pasar por este proceso de crítica y evaluación.

En este proceso de distanciamiento, el joven continúa necesitando a los adultos. El muchacho o la muchacha mirará a su alrededor en búsqueda de marcos de referencias. Estos marcos son personas, instituciones, a los que el joven acude para, por medio del contraste, la imitación, la confrontación, el diálogo, ir formando su propia y nueva identidad. Si queremos utilizar una expresión más llana podríamos afirmar que se trata, simple y llanamente, de modelos.

Hasta ahora, la escuela, la familia y la iglesia eran los marcos de referencia por excelencia. Sin embargo, todos los expertos están de acuerdo en afirmar que los marcos tradicionales están en franca decadencia y están siendo sustituidos de forma rápida por nuevos marcos, nuevos modelos. (Este apartado es desarrollado con más amplitud en el módulo dedicado a la pastoral del adolescente. Aquí, por tanto, tan sólo es mencionado de forma sucinta) Los nuevos modelos para la juventud vienen dados por sus propios amigos y los medios de comunicación.

Aquí es donde queremos resaltar la alarmante falta de buenos modelos de referencia para nuestros jóvenes en muchas comunidades locales. La iglesia puede ayudar de forma increíble a la familia. Puede hacerlo proveyendo de buenos marcos de referencia para los jóvenes, especialmente en este periodo tan crítico en que ellos se distanciarán de sus familias en el proceso de búsqueda de su propia identidad personal. Los muchachos y las muchachas mirarán a su alrededor en búsqueda de adultos significativos que puedan proveerles de un ejemplo y un modelo a imitar.

Sin embargo, no siempre sucede esto. Faltan, con demasiada frecuencia, personas que tengan bien integrada la fe en la vida cotidiana y, por tanto, puedan ser un marco de referencia adecuado para la juventud. Faltan líderes de jóvenes que hayan hecho un buen diálogo entre la fe y la cultura, líderes que no tan sólo ofrezcan moralidad a los jóvenes sino que estén en condiciones de ofrecerles una auténtica cosmovisión, es decir, una auténtica interpretación cristiana del mundo y la vida.

Suele suceder en algunas iglesias evangélicas que cuando los jóvenes se vuelven en búsqueda de ejemplos y modelos, tan sólo encuentran las contradicciones de las que anteriormente ya hablamos y unos marcos de referencia que no son lo suficientemente maduros y atractivos para ser imitados. Esto nos plantea un increíble desafío, la necesidad de desarrollar en nuestras comunidades y, especialmente entre los líderes y otras personas que influyen en la juventud, buenos modelos, personas cuyas vidas sean dignas de imitar por parte de nuestros jóvenes.

## VIII. Premisas Equivocadas con Relación al Trabajo con los Jóvenes

Las premisas equivocadas llevan, de forma ineludible, a conclusiones erróneas. En muchas iglesias el trabajo de juventud está edificado sobre dos premisas que a nuestro juicio no son correctas pero que, no obstante, determinan el tipo de ministerio que se lleva a cabo.

La primera de las premisas es que son todos los que están. Expresado de otro modo, damos por sentado de que todos, o la mayoría, de los jóvenes que asisten a la iglesia, o están relacionados con ella, son creyentes, nacidos de nuevo y que tienen una relación personal con Dios. Nada más lejos de la realidad, especialmente si estamos trabajando con un grupo en el que la mayoría de sus integrantes son hijos de creyentes de primera, segunda o, incluso, de tercera generación.

Trabajar con hijos de creyentes se está dando cada vez con más frecuencia en nuestras comunidades locales (véase el capítulo: "Por qué abandonan la iglesia los hijos de creyentes" dentro de este mismo módulo. Esto dará una mejor comprensión de las implicaciones y retos que ello plantea a la Pastoral Juvenil). El problema básico con estas muchachas y muchachos, es que podemos dar por sentado que son creyentes, tan sólo porque pertenecen a familias "de toda la vida en la iglesia" o porque están involucrados en la vida del grupo de jóvenes y de la iglesia.

Sin embargo, tristemente, podemos encontrarnos con jóvenes que tienen una fe histórica o cultural pero no necesariamente una relación personal con Dios. Puede darse el caso que estemos trabajando con jóvenes que han llevado a cabo una conformidad externa de su estilo de vida, adaptando ciertas pautas y normas morales de comportamiento, pero que no necesariamente han llevado a cabo una conformidad interior, la conformidad del corazón, la única que verdaderamente cuenta y vale a los ojos de Dios.

Muchos de estos jóvenes no pueden desarrollar un estilo de vida centrado en Cristo simplemente porque nunca han tenido una experiencia auténtica de conversión personal. Por tanto, no podemos dar por sentado que

nadie es creyente hasta que demuestre lo contrario. Una de las principales tareas de la Pastoral Juvenil debería ser que, siendo consciente de este problema, ayudara a los jóvenes a clarificar su experiencia de conversión. Como decimos en las iglesias en la que trabajamos: *"nadie es creyente hasta que demuestre lo contrario"*.

La segunda premisa equivocada ha sido orientar el trabajo juvenil hacia el mantenimiento o entretenimiento, en vez de hacerlo hacia el crecimiento. Existen comunidades locales en las que tristemente el trabajo con la juventud no es considerado como un auténtico ministerio, mucho menos como una pastoral necesaria e imprescindible. Contrariamente, el trabajo con la juventud es percibido más como el mantenimiento o entretenimiento de los muchachos y las muchachas. Bajo esta premisa se considera que cuánto más dinámico y entretenido sea el grupo juvenil, más personas asistirán al mismo y más contentos se sentirán. Cuando los líderes juveniles caen en la trampa de percibir de tal manera el trabajo con la juventud, entran en una dinámica destructiva para ellos mismos y sus grupos de jóvenes.

Esto es así debido a que los jóvenes que pertenecen al grupo asumen el entretenimiento y el mantenimiento como el objetivo final de sus reuniones y encuentros. Estos, por tanto, han de ser siempre más dinámicos, más creativos, más divertidos. Los muchachos y las muchachas se convierten en exigentes consumidores de actividades, exigiendo más emoción y más creatividad en cada ocasión para seguir consumiendo los productos generados por el grupo de jóvenes. En consecuencia, los líderes entran en una dinámica de verse forzados no sólo a ofrecer siempre calidad sino, indefectiblemente, a mejorarla constantemente. Como bien podemos suponer, esto crea una tensión y un estrés increíbles en la vida de los líderes. Cualquier descenso en la oferta produce una retirada por parte del público. Al no percibir que el trabajo con la juventud, puede incluir entretenimiento y mantenimiento, pero en ningún caso son estos sus propósitos últimos, los jóvenes se convierten en exigentes consumidores, poco dispuestos a los sacrificios y a pagar el costo que el discipulado exige.

## Autoevaluación

---

1. ¿De qué forma afecta a los jóvenes la realidad de vivir en dos mundos diferentes, el de la iglesia y la sociedad?
2. ¿Cómo podemos ayudar a los jóvenes a sobrellevar con éxito dicha tensión?
3. Muchos de nuestros jóvenes no tienen clarificada su experiencia de conversión ¿Por qué es importante ayudarles a hacerlo? ¿Cuáles pueden ser los peligros de no hacerlo? ¿De qué maneras prácticas podríamos ayudarles en este sentido?
4. ¿Qué significa que la Palabra de Dios no es relevante para los jóvenes de esta generación? ¿Cómo podemos ayudarles para hacer de la Biblia algo vivo y dinámico? ¿Cuáles serán los peligros que tendremos que afrontar si no lo hacemos?
5. En tu opinión ¿Cuál es la causa de que tan a menudo sean desatendidas las necesidades de los jóvenes en nuestras comunidades? ¿Qué peligros pueden derivarse de ello?
6. ¿Por qué a los jóvenes no se les delegan responsabilidades que sean significativas? ¿Qué características debería tener una responsabilidad para que tenga un efecto educativo y de crecimiento sobre el joven?
7. ¿Por qué la buena voluntad no es suficiente para llevar a cabo un ministerio con jóvenes? ¿Qué cualidades debería tener una persona para poder ejercer como líder de jóvenes?
8. ¿Cuál es el peligro de no hacer una clara distinción entre la forma y la función? ¿Por qué hemos de adaptar las formas a los tiempos cambiantes? ¿Cómo afecta esto a la Pastoral Juvenil?
9. ¿Cuáles son las implicaciones que las deficiencias en la educación familiar plantea a la Pastoral Juvenil? ¿Cómo podemos afrontarlas?
10. ¿Qué sucede cuando los jóvenes carecen de marcos de referencia adecuados? ¿Qué desafíos plantea esto a la Pastoral Juvenil?
11. ¿Cuál es el peligro de no entender que no son todos los que están? Por otro lado, ¿Cuál es el peligro de trabajar para el entretenimiento o mantenimiento, en vez de hacerlo para el crecimiento?

## Trabajo práctico

---

Escribe un análisis de la situación de los jóvenes y adolescentes en tu comunidad a la luz de las características que han sido expuestas en esta clase: si estas están presentes, de qué grado y cuál es su efecto en las vidas de los chicos.

Este trabajo debería tener un mínimo de dos hojas tamaño carta y debe analizar todas las características sin excepción.